

CONMEMORACION DEL IV CENTENARIO DE SHAKESPEARE EN EL TEATRO ESPAÑOL

Barbara Jefford (Helena) y Alan Howard (Lysander) en «El sueño de una noche de verano». Dirección de Wendy Toye. Decorados y figurines de Carl Toms. Música de Mendelssohn. Luminotecnia de Joe Davis.



Sir Ralph Richardson en el papel de Shylock, de «El mercader de Venecia». Dirección de David William. Decorados de Carl Toms. Figurines de David Walker. Luminotecnia de Joe Davis.

El hecho, con las reservas que diré, ha sido positivo: Shakespeare representado en el Español por una buena compañía inglesa. Para mí, que tantas veces lamento por escrito la frivolidad de nuestra estructura teatral, es necesario empezar el comentario señalando esta positividad, esta elemental preocupación de los organismos oficiales por hacer pasar por Madrid la gira shakespeariana... La avidez con que una minoría profesional española se unió a la gran masa de ingleses y americanos, que formaron casi totalmente el público, fue un síntoma estimulante. Aun con sus limitaciones, en los espectáculos había mucho que aprender —sobre todo, en «El sueño de una noche de verano»—, y numerosos actores y hombres de teatro acudieron al Español.

Por fortuna, la avidez está cada vez más viva. Y de esto, a la larga o a la corta, ha de salir algo. Era sintomático oír, en la cervecería vecina al teatro, cómo unos cuantos actores comentaban los espectáculos ingleses y se asombraban de nuestra inferioridad.

La compañía ha sido formada para celebrar el Centenario de Shakespeare. No se trata, pues, del Royal Shakespeare ni del Teatro Nacional, las dos entidades que mejor representan al autor. Claro que la encabezan dos excelentes y populares actores, Ralph Richardson y Barbara Jefford, y que en la lista figuran varios intérpretes de prestigio. Pero es importante saber que difícilmente podía la compañía asumir una serie de características propias de los dos grupos citados. Lo que en el Old Vic o el Aldwych es reflexión, solidez, perfección, aquí se



Patsy Byrne (Hermia), Alan Howard (Lysander), Bernard Hopkins (Puck), Julian Glover (Demetrius) y Barbara Jefford (Helena) en «El sueño de una noche de verano».

RALPH RICHARDSON Y BARBARA JEFFORD, DOS "GRANDES" DEL TEATRO INGLES, EN "EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO" Y "EL MERCADER DE VENECIA"

cambia por una ligereza de compañía en precipitada gira por el mundo.

No sé si la culpa es toda de los ingleses, o si imposiciones económicas obligan a esta precipitación. En todo caso, para mí ha sido una sorpresa la dudosa calidad de la escenografía y la tosquedad de la iluminación, dos elementos en los que el teatro inglés —sobre todo en el segundo— ha alcanzado una gran superioridad sobre el resto de Europa. ¿Cómo es posible hacer un día, en un teatro desconocido por la compañía, «El sueño de una noche de verano» y, al siguiente, «El mercader de Venecia»? ¿No disponía Joe Davis —un iluminador excepcional— con antelación del plano de luces y había resuelto de antemano las necesidades de la representación? Es una pena que un teatro tan firme como el inglés haya abandonado en esta ocasión su gran virtud: la perfección.

¡Qué gran distancia entre la escena de estas dos representaciones y la que, por ejemplo, tenía Peter Brook en sus «Tito Andrónico» y «Rey Lear»!

Bambalinas pintadas, trajes torpes, telones de ingenuo realismo, elementos repetidos, daban una sensación de vejez, de academicismo, que nada tiene que ver con las corrientes más frescas y dominantes de la escena inglesa. Incluyendo entre ellas, claro, un modo polémico y vivo de acercarse a Shakespeare.

Y aun así —y saquemos las consecuencias—, ¡qué tremenda superioridad, aun puramente escenográfica, entre «El sueño de una noche de verano» de los ingleses y el que presentó el Teatro Español esta misma temporada!

LO que sí ha sido un éxito claro, previsible, ha sido el trabajo de los actores. La escuela teatral inglesa es probablemente la mejor de Occidente. Para algunos, la mejor del mundo. Está a mitad de camino entre la solemnidad y el juego. El actor inglés domina la posibilidad de decir cosas importantes o bellas sin engolarse. No sé si esta fuerza viene de la vieja tradición de sus grandes clowns y sus estrellas de music-hall. Lo cierto es que el actor inglés ha perdido la rigidez, la fatuidad, que caracteriza a los intérpretes modernos de la mayor parte del mundo. Hay un sentido de la ironía, un espesor cultural, que les permite ser ligeros sin ser frívolos. O dirigirse descaradamente al público, sin que, por ello, la representación se rompa.

Esta es una característica que me entusiasmó cuando estuve en Inglaterra. La «cuarta pared» está en la puerta del teatro y no en la boca del escenario. La representación se proyecta sobre los espectadores, al modo del music-hall, y, sin embargo, la relación entre los personajes exigida por el drama es fielmente y rigurosamente servida. Nadie se pasa al público, pero el actor —y este es el secreto de su escuela— está prodigiosamente cerca de nosotros.

El Bottom de Ralph Richardson y las dos interpretaciones de Barbara Jefford han sido los trabajos sobresalientes de unos espectáculos interpretados con empuje, con ritmo, con silencios, con riqueza expresiva, con precisión. Especialmente «El sueño de una noche de verano», mucho mejor dirigida que «El mercader de Venecia», y, por tanto, mejor interpretada.

Ambas piezas fueron representadas en el Teatro Real de Brighton —la hermosa ciudad de veraneantes próxima a Londres— para su debido ajuste. Sin embargo, por las razones que sean, y entre ellas por los descuidos de la dirección, lo cierto es que «El mercader de Venecia» pareció bastante menos firme —colocaciones confusas, algún desnivel en el juego de tonos y hasta un retraso de varios segundos en la última salida de Porcia— que «El sueño de una noche de verano», espléndidamente interpretada.

LA verdad es que el sentimiento de coexistencia y supranacionalismo está favoreciendo, en toda Europa, el recíproco conocimiento del teatro. Hoy ya no es posible ocuparse seriamente de la materia sin más que un conocimiento de la escena nacional.

Ojalá España recupere, también en esto, el largo tiempo perdido y podamos aquí —sin papanatismo— ver grandes compañías extranjeras y aprender de ellas. Si estas representaciones han de quedar circunscritas a una minoría, es presumible que, por formar parte de ella nuestros hombres de teatro, la lección habrá de servir para mejorar nuestra escena en beneficio de todos.

Estas jornadas de teatro inglés han sido un acierto. Esperemos que no sea imprescindible para experiencias análogas la conmemoración de los centenarios.

JOSE MONLEON